9976

Se continuará

3

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 49—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 145 á 147)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID

(SE CONTINUARÁ.)

(SE CONTINUARÁ)

PIEZA CÓMICA

escrita sobre el pensamiento de un artículo francés,

POR

D. MIGUEL RAMOS CARRION.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Variedades en la noche del 17 de Abril de 1872.

MADRID.—1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.

SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
BALTASARA.	D.ª Concepcion Rodriguez.
DON MELITON.	D. Juan José Lujan.
FERMIN	Antonio Riquelme.

La escena contemporánea y en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á la galería cómico-dramática titulada *El Chiste*, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la indicada galería son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala bien amueblada. Un armario de vestirse á la derecha. Velador con tapete y enseres de escribir.

ESCENA PRIMERA.

BALTASARA sola leyendo un periódico.

BALT. «Son numerosas las cartas que recibimos rogándonos que publiquemos el nombre de la notabilísima escritora que firma nuestro folletin con el pseudónimo de *Sara*.—Sentimos no estar autorizados para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores.» (Levantándose.) Este es el colmo de la gloria; pero es al propio tiempo el de la desesperacion. ¡Contentarme con este triunfo, verme en la horrible necesidad de ocultar mi verdadero nombre... ah!. Esto es horrible! Y todo por qué? Saben ustedes por qué? Pues es ni más ni ménos que por estar casada con un hombre que tiene horror á las poetisas. Piensa como el vulgo, que la mujer que escribe no cose. Funesto error! Yo sé hilvanar lo mismo un soneto que unos calzoncillos. Ah! mi marido!
(Oculta el periódico.)

674346

ESCENA II.

DICHA y MELITON.

MEL. Me voy á la oficina.

BALT. Vete con Dios. Vendrás á buscarme para ir á paseo?

MEL. Sí.

BALT. No vengas muy tarde.

MEL. En cuanto salga del Ministerio. (Estoy por hablarla ahora... Sí, es lo mejor... Saldré pronto de la duda.) Baltasara!

BALT. Qué?

MEL. Tenemos que hablar.

BALT. Sí? Pues empieza.

MEL. De una cosa que me tiene muy preocupado.

BALT. Hombre! Qué es ello?

MEL. Mira, comprendo que verdaderamente es una tontería; pero sin embargo me preocupa.

BALT. Dí pronto lo que sea.

MEL. Pues verás. Anoche... Pero ante todo no vayas á figurarte que yo sospecho, ni muchísimo menos...

BALT. Vamos, hombre, dí pronto.

MEL. Pues anoche, yo me desperté... Es una cosa muy particular; te digo que es muy particular...

BALT. Hombre, querrás acabar de una vez?

MEL. Anoche me desperté cuando tú dormias.

BALT. Bueno y qué? Eso no tiene nada de particular.

MEL. Oye, mujer, oye. Tu dormias, y se conoce que estabas soñando... ¿comprendes?

BALT. Tampoco tiene eso nada de particular.

MEL. Verás, verás. Estabas soñando y movias los brazos y hacias una porcion de contorsiones...

BALT. Hombre, tampoco veo en ello nada de extraño...

MEL. De pronto diste un suspiro así: ay! y luego...

BALT. Qué?

MEL. Luego digiste en voz muy baja, muy baja...

BALT. Qué, qué dije?

MEL. Ante todo debo advertirte que yo no sospecho ni remotamente... qué he de sospechar? Sé cuánto me quieres y eso me basta...

BALT. Pero bien, qué dije?

MEL. Digiste... digiste... *Arturo mio!*

BALT. (Ah!)

MEL. (Se ha turbado!)

BALT. (El héroe de mi novela!)

MEL. Sí, Arturo mio... ¡mio!! Eso fué lo que digiste...

BALT. Pues yo... no sé...

MEL. Y francamente, por el pronto eso de Arturo *tuyo*, ¡tuyo! me puso un poco alarmado; pero luego...

BALT. Luego te tranquilizaste, eh?

MEL. Justo, me tranquilicé. (Qué será esto?)

BALT. (Respiro!)

MEL. Pero despues pensándolo despacio...

BALT. Qué! Has vuelto á alarmarte...? Pues no sé, seria... cualquier cosa. Se sueñan tales bobadas!...

MEL. Sí, eso pensé yo... será alguna bobada, tal vez una pesadilla...

BALT. Justo, una pesadilla, eso debió ser.

MEL. (Qué será esto?)

BALT. (Esto no puede seguir así... Yo voy á decirle la verdad!) Meliton!

MEL. Qué?

BALT. Tengo que decirte una cosa.

MEL. Pues dila.

BALT. (Sacando el periódico.) Oye, oye lo que dice este periódico.

MEL. Qué, hay crísis!

BALT. No, verás. Habla de una cosa que me ha interesado mucho.

MEL. Qué es ello? Lee.

BALT. (Leyendo.) «Son numerosas las cartas que recibimos rogándonos que publiquemos el nombre de la *no-*

tabilísima escritora que firma con el pseudónimo de Sara.»

MEL. Y qué me interesa á mi todo eso?

BALT. (No le interesa!)

MEL. Quién ha de ser esa escritora? Una lo mismo que las demás; un sér mezcla de hembra y varon, una doctora que llevará á su marido hecho un Adan... Valiente melon será el marido que la deja entregarse á esas tonterías!

BALT. (Dios mio! No sabe que es él el melon!)

MEL. Y es eso lo que te interesaba? Pues es cosa interesante en efecto. (Esto ha sido un pretesto para no hablar de su sueño. Yo averiguaré...)

BALT. (Él es el único á quien no interesan mis triunfos!)

MEL. Vaya, me marcho á la oficina. Hasta luego.

BALT. Adios!

MEL. (Quién será el tal Arturo?) (Váse.)

ESCENA III.

BALTASARA.

BALT. Oh! Es horrible, horrible! Qué hombre! Y gracias que no ha insistido en preguntarme quién era el Arturo con quien yo soñaba anoche. El dia menos pensado voy á verme en un compromiso. Pero no hay más remedio que continuar oculta bajo el velo del anónimo. Voy á aprovechar el tiempo. A ver si concluyo hoy el capítulo ciento noventa y dos. (Va á la mesa, y despues de sacar del costurero varias cuartillas, se sienta para escribir.) A las once han dicho que vendrian por el original. Veamos dónde quedé ayer. (Leyendo.) «Arturo suspiró. Aurora comprendió que aquel suspiro encerraba todo un poema de amor, de ternura, de sentimiento, de pasion, de entusiasmo, de poesía y de otra porcion de cosas más. Y se retiró á su cuarto decidida á

todo. La vista del tirano parecia empujarla hácia un abismo profundo. Sacó un pliego de papel con canto dorado, cogió una pluma, la mojó en tinta de color de violeta mústia y escribió lo siguiente...» (Dejando de leer.) Esta carta es preciso escribirla con gran cuidado. (Escribiendo.) «Arturo; ídolo mio...» (Sigue escribiendo.)

ESCENA IV.

BALTASARA Y FERMIN, fumando un puro.

FERM. (Deteniéndose á la puerta.) Está escribiendo!... Nada, no repara en mí, se halla entregada á la fiebre de la inspiracion!... No la interrumpiré! (Se acerca de puntillas y se sienta en una butaca.) Con qué rapidez escribe! Oh! Es admirable esta mujer...!

BALT. (Escribiendo.) «Tu amor ó la muerte!...»

FERM. (Admirable!)

BALT. (Escribiendo.) Cerró la carta y la colgó al cuello de la inocente paloma, que se lanzó á los aires como orgullosa de llevar á un amante la felicidad tanto tiempo esperada... Felicidad, felicidad! Palabra dulcísima rodeada de abrojos...» Nó... de malezas... nó... de espinas; sí, de espinas...

FERM. De espinas, sí!

BALT. Ay!

FERM. Señora!

BALT. Estaba usted ahí!

FERM. Dispénseme usted que no la haya saludado; pero no queria interrumpirla en su tarea. Sin embargo, ese bello pensamiento me ha hecho saltar...

BALT. Gracias.

FERM. No hay de qué!

BALT. Siento que me haya usted visto.

FERM. Por qué, señora?

BALT. Yo al escribir me dejo guiar por la fiebre de la inspiracion, y acciono, manoteo, rio, lloro, suspiro, me identifico con la situacion en que se halian mis personajes, y naturalmente, al que lo ve con frialdad, podrá parecerle ridículo...

FERM. (Fumando sin cesar.) Parecerme ridículo! Qué dice usted, señora? Todas las escritoras notables han tenido alguna costumbre particular al escribir sus obras. Remontándonos á la antigüedad, vemos á Saffo, que no componia versos, sino al compás de su lira; despues hemos conocido á Ana Radcliffe, la célebre novelista que escribia á la luz de una vela puesta en un cráneo; madama Girardin no puede escribir sino almuerza chuletas con tomate, y la inimitable Jorge Sand, mientras escribe no deja de pellizcarse la punta de la nariz.

BALT. Voy á dar á usted el original para el próximo número.

FERM. Ya habrá usted leido lo que decimos en el último á los que tan interesados están en saber el verdadero nombre de usted. (Maldito cigarro!) (Lo enciende.)

BALT. Sí, ya lo he visto.

FERM. Por qué no me permite usted descubrir el incógnito?

BALT. Oh! Imposible! Ya sabe usted la causa... Tome usted. (Dándole las cuartillas.) Ah! Déjeme la última cuartilla. (La toma y la pone sobre la mesa.)

FERM. Y el drama, cuándo lo termina usted?

BALT. Pronto; lo llevo ya muy adelantado.

FERM. Y tampoco piensa usted firmarlo? (Enciende el cigarro.)

BALT. Tampoco.

FERM. Es posible! Renunciar gustosa á una gloria segurísima; no permitir que el público, ansioso de conocer á usted, logre este justo deseo, privarle de saludarla, demostrarla ostensiblemente su entu-

siasmo. ¡Oh! eso es hasta criminal. (Maldito seas!) (Tirando el cigarro.)

BALT. No puedo hacer otra cosa!

FERM. ¿Usted sabe que desde que la prensa ha anunciado que va usted á dar ese drama á uno de los teatros de Madrid, no se habla de otra cosa en los círculos literarios?

BALT. De veras!

FERM. Como usted lo oye!—Ya me estoy figurando el éxito. (Se levanta.) La noche en que se estrene, el teatro estará completamente lleno; las notabilidades en la política, las ciencias y las artes, ocuparán las localidades todas del coliseo. Desde los primeros versos empezarán los aplausos más ruidosos, y al terminar el primer acto, la ovacion será inmensa, el entusiasmo subirá de punto, y todo el público gritará palmoteando: «el autor, el autor!» —El telon se levanta y un actor avanza hácia el proscenio. Reina por un instante un silencio solemne.—«El autor de la obra que estamos representando, ruega al público que le permita guardar el incógnito hasta el final.»—«No, que salga,» gritan á una voz los espectadores. Y aumentan los aplausos, y el actor vuelve á salir, y dice al cabo: —«El drama que estamos teniendo el honor de representar, es original de doña Baltasara Rebolillo...»—«Qué salga!»—Y el actor entre bastidores coge á usted de una mano y la hace salir á la escena! (Sacándola.)

BALT. Han llamado! Ah! La voz de mi marido! Ocúltese usted!

FERM. Pero señora...

BALT. Por Dios se lo pido! Aquí! Pronto! (Fermin entra por la primera puerta de la izquierda. Apenas ha entrado sale Meliton.)

ESCENA V.

BALTASARA Y MELITON.

MEL. Aquí me tienes.

BALT. Pues... cómo has dejado la oficina?

MEL. Calla, mujer! si no me acordé que era San Desestero! (Deja el sombrero sobre una silla.)

BALT. Ah! Y... ¿no piensas volver á salir?

MEL. No, por qué?

BALT. Por nada...

MEL. Qué tienes? Parece que estás intranquila.

BALT. Yo! No!

MEL. Me parecia...

BALT. Pues nó, no tengo nada. (Estoy en áscuas!)

MEL. Vaya, voy á quitarme la levita.

BALT. Por qué no sales á dar una vuelta hoy que estás desocupado?

MEL. No; hoy pienso dedicarme á arreglar papelotes. Ya no salgo hasta la tarde. Te llevaré á paseo.

BALT. (Dios mio!)

MEL. Qué?

BALT. Nada, nada...

MEL. Ah! Creí que me decias algo. (Coge el sombrero de Fermin.) (Pues señor, no me cabe duda. Mi mujer está muy preocupada.) (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

BALTASARA, despues FERMIN.

BALT. (A la puerta.) Salga usted inmediatamente.

FERM. Hasta mañana. (Coge el sombrero de D. Meliton, se lo pone y se le cuela hasta el pescuezo. Empieza á dar vueltas aturdido queriéndoselo subir y no puede.)

BALT. Qué es eso? Salga usted! Me está usted comprometiendo!

MEL. (Dentro.) Baltasara!

BALT. Ah! Él viene. Ocúltese usted! Aquí! (Le hace entrar en el armario, y en el momento de cerrar la puerta aparece D. Meliton.)

ESCENA VII.

BALTASARA Y MELITON.

MEL. Baltasara!

BALT. Qué quieres?

MEL. Has visto por ahí *El Diario de Avisos?*

BALT. No lo he visto... estará en tu cuarto tal vez.

MEL. No, no está allí. Dónde diablos lo habrán puesto? (Buscándolo por la mesa.)

BALT. Mira, véte al comedor... acaso lo hayas llevado allí.

MEL. Cá! De seguro andará por ahí tirado... (Mirando debajo de la mesa.) Calle! (Encontrando el cigarro de Fermin.) Quién ha estado aquí?

BALT. Nadie. Por qué? (Asustada.)

MEL. Nadie?

BALT. Nadie.

MEL. Estás segura?

BALT. Sí, por qué lo dices? (Ay, Dios mio!)

MEL. (Se ha puesto pálida.) Baltasara, te exijo que me digas inmediatamente quién ha estado aquí despues de salir yo!

BALT. Te digo... que... que no ha estado nadie...

MEL. Yo estoy seguro de que aquí ha estado un hombre!

BALT. Cómo?

MEL. (Enseñándole el cigarro.) Mira!

BALT. Ah!

MEL. Díme quién ha estado aquí, al momento. Por qué lo ocultabas?

BALT. Ese cigarro... no prueba nada... será tuyo.

MEL. Aquí ha estado un hombre...! Y es coracero!...

(Oliendo el cigarro.) Y aún humea!

BALT. Pues bien, ya que lo has descubierto... (A Roma por todo.) Voy á decirte la verdad... Yo... no habia querido descubrírtelo, pero... ya que lo has visto...

MEL. Qué?

BALT. Habia querido ocultártelo... mas ya es inútil. Yo temia que te incomodaras, y por eso...

MEL. Habla, habla pronto.

BALT. Pues bien, yo fumo.

MEL. Cómo!

BALT. Como lo oyes. Tengo ese vicio... y creyendo que no te agradaria... lo ocultaba y fumaba solamente cuando no estabas en casa.

MEL. Sí, eh? (No me engaña. Yo lo descubriré todo.) Pues mira... no me incomodo, ni mucho menos...

BALT. Es posible!

MEL. Qué he de incomodarme? Al contrario, me hace mucha gracia... já! já! já! Muchísima gracia. (Ah! traidora! ya verás lo que te espera.) Já! já! já!... Con que creias que iba á incomodarme? Ni mucho menos. Pues poquito salero que me hace una mujer fumando!

BALT. (Me salvé!)

MEL. Y por qué no me lo habias dicho? Ha sido una tontería el ocultarlo. Vamos á echar un cigarro en paz y en gracia de Dios. (Saca la petaca.) Juntitos.

BALT. (Ay, Dios mio!)

MEL. (Ofreciéndola.) Toma, toma uno.

BALT. (Sacando un cigarrillo.) (No hay mas que sacrificarse.)

MEL. No, de papel no. Por lo que veo, tú fumas puro. Toma, toma una breva de Cabañas. Verás qué rica es!

BALT. (Pues señor, no hay mas remedio. A fumar!) (Encienden los cigarros.)

MEL. Verás qué buenas son estas brevitas!

BALT. Ah! (Tose.)

MEL. Qué es eso?

BALT. No... nada... que... que es muy fuerte este tabaco.

MEL. Pues hija, comparado con el que tu fumas esto es gloria; chupa, chupa.

BALT. Dios mio!

MEL. (Está pasando las de Cain.) Vaya una fumadora que no traga el humo!

BALT. Sí, si lo trago... lo trago... (sin querer.)

MEL. Eso se prueba así, diciendo esto. Oye. (Da una chupada.) Fui al monte, quemé leña y aquí traigo el humo de ella... (Echa el humo.) Ves? Así probábamos los chicos si tragábamos el humo ó nó. Dilo, dilo tú á ver.

BALT. (Despues de fumar.) Fuí al monte cog... aj...! (Escupiendo.)

MEL. (No ha fumado en su vida!)

BALT. (Dejándose caer sobre el sillon y tirando el cigarro.) No puedo mas!

MEL. ¿Qué es eso? Te pones mala?

BALT. Un poco... Voy á beber agua... no será nada... (Levantándose.) Ay, qué mala me siento! (Váse.)

ESCENA VIII.

MELITON, solo.

Ah infame! ¿Quién habrá estado aquí? Es preciso que yo lo descubra todo! (Se sienta junto á la mesa.) Oh! no!... voy á tomar una resolucion. (Sale por el foro y Fermin sale del armario.)

FERM. ¡Caracoles! Es preciso escapar aunque sea sin sombrero. (Deja el sombrero de D. Meliton apabullado sobre una silla, y al ir á salir se detiene.) Ah! El vuelve. (Entra por la izquierda.)

MEL. (Saliendo.) No, es necesario tener calma, mucha calma. Aquí hay un misterio y yo he de descubrirlo. Figuraré que no sospecho nada. Sí, es el

mejor medio. Y todo esto despues de diez años de matrimonio! A buena hora mangas verdes, como dijo el otro. ¿Quién habrá estado aquí? De quién será esa colilla? Será posible que Baltasara me engañe? Oh! Esto es horrible. (Se sienta y apoya la cabeza entre las manos, reparando en la cuartilla que dejó Baltasara.) Eh? Qué es esto? Dios mio! Sí, es su letra... «Arturo, ídolo mio!» Ah! voy á matarla! Pero no, calma, Melitoncito, calma... «Estoy decidida á todo.» A todo, como quien no dice nada! «Mi esposo es un tirano...» Yo un tirano! «Un tirano cuyo yugo no puedo tolerar por mas tiempo.» Qué desgraciado soy! (Llora.) Yo... un... ti... ra... no!... Pero no, hay que tener energía; basta de vacilacion y de duda; esta es una prueba palpable, ella me engaña... Oh! seré un Otelo con levita. «Tu amor ó la muerte.» La muerte! «Dispon todo para nuestra fuga!» Vá á fugarse! «Esta noche tendrás en tu poder la llave para introducirte en casa, aprovecharemos el sueño de este hombre á quien aborrezco, y si él nos descubre... entonces... (*Se continuará.)*» Ay! qué será esto de se continuará! Qué continuacion será esta! Serán capaces de un crímen. Ah! ella! (Guarda la cuartilla.)

ESCENA IX.

DICHO Y BALTASARA.

BALT. (No ha abierto el armario: me tranquilizo!)
MEL. (Parece mentira!)
BALT. (Está preocupado.) (Se sienta á coser.)
MEL. (Que será eso de *Se continuará!...*)
BALT. (Si sospechará algo!)
MEL. (Yo no puedo guardar silencio!) Baltasara!
BALT. Ah!
MEL. (Se asusta! La inquietud del culpable.)

BALT. Qué quieres?

MEL. Se le ha pasado á usted ya el mareo?

BALT. Sí... Pero qué tienes? Estás incomodado?

MEL. Infame!

BALT. Qué?

MEL. Lo sé todo!

BALT. Cómo!

MEL. Absolutamente todo!

BALT. Pero qué es lo que sabes?

MEL. Con que eras tan vil que pagabas mi cariño engañándome?

BALT. Qué estás diciendo?

MEL. (Enseñándole la cuartilla.) Mira!

BALT. Qué es eso?

MEL. Mira, mira.

BALT. Ah! Perdon!

MEL. Cómo! Perdon! Con que es verdad?

BALT. Sí; perdóname si te lo habia ocultado.

MEL. Oh!

BALT. Tú has tenido la culpa.

MEL. Yo!

BALT. Te habia oido siempre decir que una mujer no debe dedicarse á eso...

MEL. Y decia muy bien!

BALT. Y yo, temiendo disgustarte, lo oculté!

MEL. Oh! Mi venganza va á ser horrible!

BALT. Pero hombre, reflexiona que no tiene nada de particular.

MEL. Cómo?

BALT. Ya que lo has descubierto, déjame que continúe.

MEL. Mi mujer se ha vuelto loca...

BALT. Yo he guardado la mayor reserva; nadie lo sabe. Qué puede importarte?

MEL. Cómo que no?

BALT. Otros maridos lo consienten.

MEL. Rematada! Rematada!

BALT. Crees tú acaso que por eso he de quererte menos?

MEL. Pero mujer, vuelve en tí.

BALT. Te querré más, mucho más, si es posible, y permitiéndomelo tú, no me ocultaré como hasta ahora.

MEL. Dios mio!

BALT. Ya te enseñaré todo lo que he dado á luz.

MEL. Infeliz! A Leganés con ella! Su crimen la ha extraviado la cabeza!

BALT. Pero qué tienes? Por qué callas? Por qué me miras así?

MEL. Desgraciada!

BALT. Es posible que me juzgues con tal dureza?

MEL. Quién es el infame que ha estado aquí? Dímelo.. No me lo niegues ahora...

FERM. (Sacando la cabeza.) Yo voy á presentarme.

BALT. No quiero ocultártelo; el hombre que ha estado aquí es el Director del periódico *Merlin*.

MEL. Ah! Voy á matarle!

FERM. Canastos! (Ocultándose.)

MEL. Díme dónde está la redaccion de ese periódico! Al momento! (Se pone el sombrero y se le queda en la coronilla.) Pero qué es esto? Este no es mi sombrero! ¿De quién es este sombrero?

BALT. Ah! El suyo!

MEL. Luego está aquí... aquí! Ahora las pagará todas juntas... Dónde está, dímelo?

BALT. (Cerrando el armario con llave y guardándola.) Jamás!

MEL. Ah! Está ahí! ¡Dame la llave!

BALT. Nunca! Esto es un atropello... ese hombre es inocente!

MEL. La llave!

BALT. Antes morir!

MEL. No quieres dármela? Yo te la arrancaré. (Se dirige hácia ella. Baltasara va al balcon, lo abre rápidamente y tira la llave.) Ah!

BALT. Cálmate, Meliton.

MEL. Oh! Yo estoy hecho un tigre, una pantera. Ah! Qué

idea! Infame, vas á pagar tu crímen! (Grita junto al armario.)

BALT. Meliton!

MEL. (Saca una pistola del cajon de la mesa y se dirije al armario.) Le voy á pegar un tiro...

BALT. Atrás.

MEL. Muere, tunante! (Dispara sobre el armario y cae en un sillon desfallecido.)

BALT. Ay! (Cae sobre otro sillon.)

FERM. Y quién es el guapo que se presenta ahora?

MEL. (Levantándose y escuchando junto al armario.) No se oye nada. Silencio espantoso! Lo maté... Ah! (Cae en el sillon.) Yo asesino! Dios mio!

BALT. Qué has hecho, Meliton! Desgraciado!

MEL. Sí, desgraciado, es verdad. Desgraciado. Por tí me apretarán el pescuezo, por tí venderán mi retrato como criminal célebre en las cajas de fósforos, por tí gritarán por esas calles: á dos cuartos la *vista-causa* y sentencia de muerte de don Meliton Carraspique, el asesino de la calle del Sombrerete! Ah!

BALT. Y qué vas á hacer ahora?

MEL. Ahora? Matarte á tí.

BALT. Ay!

MEL. Y luego matarme yo... y despues... nó, despues ya no podré hacer más barbaridades.

BALT. Habrá muerto, Dios mio?

MEL. Hasta las uñas.

BALT. Jóven inocente, sacrificado por un hombre sin sentimientos...

MEL. Conque era inocente? ¡Y aún tienes valor de decir eso del hombre que me robaba mi honor!

BALT. Qué dices?

MEL. Del hombre con quien pensabas fugarte!

BALT. Estás loco!

MEL. Sí, tengo la carta que le habias escrito, mírala, mírala... «Arturo, ídolo mio.» Idolo tuyo!

BALT. Oh! Aquí hay un error espantoso! Es una cuartilla de la novela que estoy escribiendo...

MEL. Tú!

BALT. Yo, sí; ¡pero no sabes que soy escritora!

MEL. Tú!

BALT. Pues qué habias creido? Eso era lo que te habia ocultado!

MEL. Y esta... es... una... cuartilla de una novela!

BALT. Sí!

MEL. Ay! (Cae desmayado.)

BALT. Meliton! Meliton! Vuelve en tí!

MEL. Y ese hombre no era tu amante? Quién era ese hombre?

BALT. El director del periódico donde se publica mi novela!

MEL. Y le he matado! Ah! Pero, ¡quién sabe si acaso no estará más que herido! Trae la llave...

BALT. Si la tiré!...

MEL. Abramos de cualquier modo... Nó, creo que será inútil. Desgraciado jóven! No resuella.

BALT. No se oye nada!

MEL. ¡Desventurado!

FERM. (Que ha salido y está detrás de ellos.) Presente.

LOS DOS Ah!

FERM. Fermin Gacetilla, servidor de Vd., á quien ruego que permita á esta señora escribir cuanto guste para honor de la literatura!

MEL. Ah! Sí, Baltasara mia, yo te permito escribir más que el Tostado y poner en verso hasta la cuenta de la lavandera!

BALT. Qué feliz soy!

MEL. Mira, ya que eres poetisa, improvisa unos versos para despedirme de estos señores.

BALT. El canoro gorjeo de las aves
Cuyos acentos suaves
Llenan de dulce paz el alma mia:
El suspiro del aura,

Que en la arboleda umbría
Mece el follaje y las pintadas flores,
O el murmullo del plácido arroyuelo,
O el grato son de un cántico de amores;
El más hermoso, en fin, más grato ruido,
No es para mí tan dulce
Como el que en este instante
Puedes hacer que llegue hasta mi oido.

MEL. Basta de poesía y vete al grano,
Esposa idolatrada.
(Al público.) Eso quiere decir en castellano
Que desea escuchar una palmada.

FIN.

RERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA

ICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
stados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

a, que acaba de ponerse á la venta,
n amplio y fiel extracto los principales
xamina con imparcialidad la historia
eñala sus defectos y expone con minu-
lles lo referente á las relaciones exte-
spaña, siendo, por tanto, de gran inte-
nocer de un modo exacto el aspecto
o de la cuestión cubana.
o en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

JESTAD CATÓLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la
dias del Tribunal Supremo de Justicia,
robación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

LIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publi-
esta sociedad, de que se hallan la ma-
agotados.
blicados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

n hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APENDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.